

y acertadas disposiciones los obstinados esfuerzos de sus compatriotas. Bonaparte rechazó con grandes pérdidas á los defensores en una salida que hicieron, y acudiendo al monte Thabor, obtuvo brillantísimo triunfo contra Abdallah, que, al frente de numeroso ejército turco, venía en auxilio de la plaza. Pero todo fué en vano; los sitiados no cedían, y la peste, importada de Jaffa, cebábase en el ejército. La situación era insostenible, y, comprendiéndolo Bonaparte, anunció á las tropas que renunciaba á tomar á San Juan de Acre, dando la orden de levantar el campo, sin dejar traslucir el disgusto que el fracaso sufrido le causaba. Más adelante, dijo en Santa Elena: «Si llevo á apoderarme de San Juan de Acre, opero una revolución en Oriente. Las circunstancias más insignificantes producen los más grandes acontecimientos; habría ido á Constantinopla y á las Indias, hubiese cambiado la faz del mundo». Aunque es seguro que no le hubieran dejado realizar este pomposo programa, no cabe duda que mucho podía temerse de su ambición, servida por sus extraordinarios talentos. El ejército francés, al retirarse, arrasó el país, voló las fortificaciones de Jaffa y no perdonó sino á Gaza, que había permanecido fiel.

Bonaparte volvió á entrar en el Cairo después de tres meses de ausencia, mandando que se preparasen fiestas magníficas para celebrar sus victorias de Siria, bien que guardase prudente silencio acerca del desengaño experimentado en San Juan. Restableció en breve plazo la paz en el Delta, donde por todas partes había cundido el espíritu de insurrección. También en el ejército era general el descontento. Jefes y soldados sentían la nostalgia de la patria, no sabiendo cuándo ni cómo les depararía la fortuna el pisar otra vez su amado suelo. Hubo un día en que el ejército pensó arrebatar sus banderas del Cairo y marchar sobre Alejandría, para tratar de embarcarse; pero era tanto el ascendiente personal del general en jefe, que nunca llegó á relajarse abiertamente la disciplina. Como no había comunicación posible con Europa, se ignoraba lo que acá sucedía, corriendo sólo el rumor de que eran inevitables nuevas guerras. Con todo esto, andaba impaciente é inquieto Bonaparte, que ya tenía pensado aprovechar la primera ocasión propicia de tornarse á Francia, sin que su ida revistiera color de fuga ó apariencias de decepción.

Venía anunciándose, hacía tiempo, que el segundo ejército turco, reunido en Rhodas á las órdenes de Seidman-Mustafa, bajá de la Rumelia, estaba para arribar á las costas egipcias; y en efecto, no tardó en saberse que una escuadra anglo-turca se había presentado á la vista de Abukir. Bonaparte había salido del Cairo y acampado al pie de las Pirámides, con objeto de vigilar los movimientos de Amurates, el cual, burlando las persecuciones de Desaix y otros generales, bajara del alto Egipto, dejándose ver por aquellos alrededores. Obraba el valiente bey de acuerdo con Mustafá, á quien trataba de aproximarse. Aquí, en el campamento de las Pirámides, recibió Bonaparte la noticia de haber aparecido las naves enemigas, é inmediatamente, sin volver al Cairo, se fué á Gizeh, mandó á Kleber y Reynier, que estaban en el Delta, acercarse á Abukir, y dió á Desaix la

orden de evacuar el alto Egipto; y enseguida, poniéndose al frente de las divisiones Lannes y Murat, se partió á Alejandría, haciendo aquellas extraordinarias jornadas que tanto desconcertaban á los austriacos en Italia. En Ramanieh se enteró de que los turcos habían desembarcado, apoderándose del fuerte de Abukir y hecho prisionera á la guarnición. El veinticuatro de Julio llegó á Alejandría, y al día siguiente estaba á la entrada de la península de Abukir, dispuesto á librar batalla. Tomó tan bien sus disposiciones que, si Mustafá no triunfaba, ni él ni ninguno de sus soldados podrían salvarse de las iras del vencedor. Careciendo los franceses de marina que oponer á la flota anglo-turca, anclada á la distancia de una media legua, Abukir no era accesible sino por el lado de tierra. Protegían al ejército del sultán, sostenido por numerosa artillería, dos líneas de trincheras. De una y de otra fueron desalojados los turcos, aunque se batieron desesperadamente. Trece mil de ellos perecieron en el combate ó entre las olas, á que se arrojaron perseguidos por el enemigo. Mustafá cayó herido y fué hecho prisionero, y el resto de su hueste se refugió en el fuerte con un hijo del bajá, el cual tuvo que rendirse después de resistir heroicamente durante ocho días. Con ocasión de esta memorable batalla, en que uno de los ejércitos contendientes quedó totalmente destruído, Kleber, en un raptó de entusiasmo, dijo á Bonaparte: «Mi querido general, dejad que os abrace, sois grande como el mundo».

Seguían ignorando los franceses lo que estaba sucediendo en su patria, y á fin de adquirir alguna noticia, pero con el pretexto de negociar un cange de prisioneros, envió Bonaparte un parlamentario á la escuadra turca. Sidney detuvo al emisario, y viendo que el temido general nada sabía de cuanto pasaba en Europa, quiso darle un mal rato mandándole un grueso paquete de periódicos. Bonaparte se pasó una noche en claro leyendo aquellos papeles, y se informó de todo. Vió que la República francesa atravesaba gravísima crisis, y que el Directorio había acabado de desacreditarse. No vaciló un momento. La ocasión que esperaba se le venía á las manos. Los laureles recogidos en Egipto, un tanto marchitos frente á San Juan de Acre, habían recobrado toda su lozania con la reciente victoria. Su patria le necesitaba, y era deber suyo correr en su auxilio. Llamó, pues, al almirante Gauteaume, y le dijo que tuviese listas las fragatas *Muiron* y la *Carriere*; fué después al Cairo, adoptó varias medidas, dejó escrita una larga instrucción para Kleber, á quien confiaba el mando del ejército, regresó á escape á Alejandría, y, el veintidós de Agosto, sin decir una palabra á nadie, llevando consigo á Berthier, Lannes, Murat, Andreosi, Marmont, Bhortollet y Monge, se encaminó á una playa distante, de donde unas lanchas les llevaron á las fragatas, que en el instante mismo desplegaron velas.

Deslumbrados por la aureola que circundaba su nombre y atraídos por sus seductoras promesas, habían seguido á Bonaparte á Egipto sus compañeros de glorias y fatigas; él

los abandonaba, atento en esta ocasión, como siempre, á no oír sino la voz de su egoísmo. El fruto había ya madurado en Francia, y era preciso ir á recogerlo; lo demás nada le importaba. Nunca pudo creer que le sería dado consolidar la dominación de las armas francesas en Egipto, falto como estaba de una poderosa marina que le permitiese comunicarse con su patria y recibir refuerzos; desde el desastre naval de Abukir, especialmente, se había disipado toda esperanza, no ya de conquistar aquel país, pero ni aun de sostenerse en él mucho tiempo. Sin embargo, la justicia más elemental exigía que, ante el convencimiento de tener al cabo que emprender la retirada, pensase en la salvación del ejército expedicionario no menos, todavía más, que en la suya propia; pero Bonaparte no se movía á impulsos de sentimientos tan nobles; á no ser así, hubiera comenzado por no comprometer á Francia en una aventura que, en el caso más favorable, sólo había de redundar en provecho de sus personales prestigios. Las razones que alegara ante el Directorio para persuadirle á consentir en la expedición, no resistían la más mediana crítica. Por una casualidad no tropezó con Nelson antes de arribar á las costas africanas; mas aun suponiendo que lograra escapar á la persecución de los ingleses, como sucedió, había de acontecer que su ejército, aislado en Egipto, se fuese acabando por propia consunción, sin contar las bajas que los naturales le habían de causar ni la necesidad de hacer frente á Turquía; porque imaginarse que esta potencia, provocada sin motivo ninguno, se cruzase de brazos, era otra ilusión que Bonaparte brindaba al gobierno para vencer su repugnancia, pero que á buen seguro no compartía. Y los restantes proyectos que presentara en lontananza, como el de avanzar sobre la India y arrebatarla á Inglaterra, no obstante que él fuese muy capaz de intentar su ejecución, confinaba en los límites donde se confunden las claras imágenes de la realidad con los ensueños de una fantasía conturbada. Hablando de aquel hombre singular, ha dicho un historiador que no es posible concebir planes tan descabellados como los por él perseguidos, ni más genio en los medios puestos en práctica para realizarlos. La expedición á Egipto entra de lleno en el campo de esta observación. Admira por el arte, la inteligencia, el heroísmo en ella desplegados; reviste un sello romántico, aunque algo teatral, que cautiva; su relato despierta la curiosidad y mantiene el interés como la lectura de un poema; hombres, cosas y hechos, cuanto á ella se refiere se destaca con vivo colorido y vigoroso relieve, por la influencia del medio donde los sucesos se desarrollan; la engrandecen los recuerdos de la antigüedad; pero juzgándola sin pasión, hay que condenarla severamente. Desde el punto de vista militar, había de concluir por fuerza en un fracaso, y desde el punto de vista político, produjo funestas consecuencias para Francia, habiendo contribuido, ya que no á fundar, por lo menos á vigorizar y robustecer la segunda alianza.

Por lo que concierne personalmente á Bonaparte, su estancia en Egipto, habituándole al ejercicio de un poder ilimitado, acrecentó el desprecio que sentía hacia sus semejantes,

y elevó á sus ojos á la categoría de verdadero dogma la pobre idea que tenía de la especie humana. Josefina se quejaba con amargura de que el viaje á Oriente hubiese cambiado el carácter de su marido, y desenvuelto en él el atroz despotismo que tanto le hizo sufrir después. El mismo Bonaparte decía más adelante: «Me disgusta, sobre todo, Rousseau desde que he visto el Oriente; el salvaje es un perro, y en el hombre civilizado se halla á flor de la piel al salvaje; si el cerebro está algo desbastado, los instintos no varían. El primero, como el segundo, necesita un dueño, un mágico que subyugue su imaginación, que le discipline, que le impida morder á destiempo, que le sujete á la cadena, le cuide y le lleve á cazar; obedecer en su suerte; no merece más y ese es su único derecho». Y otra vez, conversando con el poeta Lemercier, exclamaba: «Si hubieseis venido á Oriente, habriais visto un país en que el soberano no tiene en cuenta para nada la vida de sus súbditos, y éstos tampoco estiman en nada su propia vida; os habriais curado de vuestra filantropía».

Los sabios de que se acompañara Bonaparte y el Instituto que fundó en el Cairo, prestaron relevantes servicios á las ciencias, en general, y particularmente á la Historia, haciendo los primeros trabajos para descifrar los antiguos jeroglíficos: hé aquí el único resultado positivo de la expedición, gloriosa para la memoria del insigne cuanto ambicioso capitán.